

como ya hemos apuntando antes, es digna aportación a los estudios hispánicos.

JUAN FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

The Pennsylvania State University at Erie,
The Behrend College.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE, *Ana Ozores, la Regenta: Estudio psicoanalítico*. México, UNAM, 1987; 136 pp. (Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, 14).

Siempre que pienso en el destino de la obra de arte, me viene a la memoria *La Regenta*. Aún hoy, a más de cien años de su publicación —y sobre todo si se la compara con otras novelas afines— su bibliografía, si no nula, es escasa. No se puede atribuir al incómodo genio de Leopoldo Alas la poca difusión de la obra, porque, amén de que todo genio implica incomodidad, algunos hay que tuvieron el éxito de manera inmediata. Los múltiples temas (entre escandalosos y sombríos) ¿aterraron a la gente de su época? Ennumeremos los indispensables: adulterio, represión sexual, lujuria como transferencia, mohatra, desviaciones libidinales, pasiones aberradas, edipismo, decadencia social, desmembramiento moral, individualismo exacerbado, fugas oníricas, simbología inconsciente pero reveladora, alegoría política, chisme, calumnia, donjuanismo, egocentrismo, narcisismo, iracundia, traición, corrupción clerical. La lista parece interminable, pero ¿no la tienen también otras novelas? Y entonces ésta, que Clarín a los treinta y tres años de su vida la confiesa como obra de arte, ¿por qué no ha alcanzado la fama, que apenas estaría al nivel de su valor literario? ¿Por qué no? ¿Por qué existen escasos estudios a pesar del propio Galdós haberle dado el espaldarazo debido?

Se diría que España misma —como en el caso de *La Celestina*— arroja la piedra y esconde la mano. Siembra, cultiva, pero aplasta antes siquiera de recolectar la cosecha. ¿Se trata del catolicismo? ¿De una moral mal entendida que de allí proviene?

¿Pacatería? ¿Mochería? No hay que pasar por alto que aun *La Celestina* —más diabólica pero menos aterradora; más sen-

tenciosa pero menos sutil— corre fama en el mundo, y que en cambio la obra de Alas permanece encapsulada, no obstante (lo sabemos) su enorme envergadura.

Pero si afirmo lo anterior, no es para insistir en el destino (de suyo inexplicable), sino para indicar la imperiosa necesidad de ocuparnos de ella, de *La Regenta*. Ya basta de olvidos y postergaciones. Su modernidad es tal que debemos, cervantianamente, aprovecharla y deleitarnos con su lectura. Rescatar, en este caso, es el camino. Verla bien, es decir, por dentro, ya que Leopoldo Alas necesita de su Virgilio si por Alas se entiende su lector. Leerla, husmearla, manosearla, significa enriquecer nuestro mundo psicológico y experimentar, en carne propia, el maravilloso mundo agusanado que de la novela se desprende. Porque sólo la literatura puede permitirse el lujo de purulencias y de larvas que nos engrandezcan; sólo ella, de sublimarnos con su putrefacción. De esta manera —y para utilizar el término que Paciencia Ontañón no esquiva en subrayar— evitamos la “castración” que, en amplios pero correctos términos, significa la falta de cultura que un ambiente —el que fuere— cercena como venganza de lo que él mismo —por falta de grandeza— quisiera empobrecer.

Apoderada de las enseñanzas de Freud y de Lacan en lo fundamental, Paciencia Ontañón aplica un método único, si bien tamizado al máximo (difícil cosa para un psicoanalista) por extensas y sólidas lecturas literarias. Sólo así, conociendo el material tanto como las pinzas con que debe tratarlo, el resultado es, como en este caso, un excelente estudio, tanto para quien conoce la novela como para el que, ignorándola, por tal medio se lanzará ambiciosamente a su encuentro. Tarea ardua, ya que *La Regenta* no puede asirse con facilidad. ¡Son tantos los conductos, los vericuetos, las metamorfosis, los desdoblamientos! ¡Tantas sus proyecciones! Toda multiplicación puede intentarse, así como todo deslinde resulta vano, pues ¿por dónde empezar? ¿Qué terrenos asir? A la mano están, para tomarlos como frutos maduros, un personaje determinado, la obra como alegoría política de la decadencia del país, el chato pero hiperbólico catolicismo de provincia, la utilización (como si se tratara de un valor económico) de la moral humana; la no catarsis del texto. Estudios de esta laya tan apetecibles son como necesarios. El escollo no es pues la elección, sino el que la densidad y la abundancia —agua en

las manos del ensayista— se desparrraman *quasi* sin remedio. Si a ello se añade la utilización de un único método (el psicoanálisis aplicado al fenómeno literario) las cosas se presentan, si no insoportablemente complejas, sí con un flanco pertrechado de tal modo, que sólo la osadía, la inocencia o en su caso el talento logran llevar a término la empresa.

Pero en el caso de *Ana Ozores, La Regenta: Estudio psicoanalítico*, estamos ante una forma del engaño. Me explico. Es un engaño porque, al saber literatura, la ensayista no aplica el método como el solo recurso establecido. Lo que ella aprehende es no sólo el texto por el psicoanálisis, sino —he aquí el acierto— la poética misma del libro, es decir, lo que el escritor dice de sí y lo suyo. Pues Clarín traza ciertas sendas que deben recorrerse para que el lector no se pierda en la selva, umbrosa, sombría, empantanada, que les concierne a las situaciones y a los personajes de un mundo tan malo como otro cualquiera, pero agravado por ser un mundo de palabras. Por eso, que la ensayista nos proponga una única lectura es algo, repito, que debe tomarse con pinzas. Pues el acierto no consiste en constreñir la novela al pensamiento de Freud, Wilhelm Reich, Adler o Lacan, sino que ellos deriven sus experiencias, en gran parte, del arte. Y si conscientemente lo declaran, aunque no la conozcan, son deudores de la novela de Clarín, cúspide artística del siglo XIX. No para aquí el acierto, sin embargo, ya que lo noble de la empresa consiste en no codificar el ensayo sobre términos cientificistas que todo método utiliza. Angustia, ansiedad, histeria, melancolía, neurosis —palabras de uso cotidiano— hábilmente suplantán términos que acartonarían el espíritu sintáctico (ya que no la sintaxis) de la novela y, claro, que están desahogadas en las notas. Esto no es un demérito de una determinada terminología, sino del uso que se le da fuera de su contexto.

Todo queda pues ensamblado en una prosa limpia, que cuida de que el lector no se pierda en lo nimio sin por ello de él desprenderse. Por eso para Paciencia Ontañón todo es importante en Clarín, como para Clarín todo lo es en *La Regenta*. Ana es tan definitiva como la piel de tigre que le ha regalado un inglés, ex pretendiente suyo antes de que la obra empiece tejas adentro. Fermín equivale a su sotana maldecida; Teresina, la amante sirvienta, a la taza de chocolate que bebe con el Magistral; doña Paula, madre del eclesiástico,

a los invisibles pantalones que porta debajo de las faldas. Y así los demás: don Alvaro Mesía a sus fríos ojos agrisados; Obdulia a sus trapos; Visitación Olías de Cuervo a su glotonería; Don Víctor Quintanar a su amor por las aves, la cacería, la carpintería o la botánica.

El acercamiento de los elementos inconscientes (estructura primordial del psicoanálisis), elementos que no sólo se ocupan de la patología sino del comportamiento humano en general, es de donde parte, propiamente, una investigación que minuciosa y freudianamente se basa en la niñez de Ana para informarse de ella a fondo. Y, como, citando a Santiago Ramírez, "infancia es destino", el ensayo se terminará en éste, o sea, la fase final de personajes, ambiente y país. Así pues, como la serpiente que se muerde la cola, el libro de Paciencia Ontañón parte de la niñez de la protagonista para terminar en un desastrado terreno que si horroriza es porque, como suplantación (espléndida idea utilizada por Clarín de punta a cabo), *todos somos todo*, y por eso la novela se nos adhiere en las entrañas o, lo que es mejor, la tela adhesiva que es la novela sale a la superficie porque allí ha estado en nosotros, desde siempre. El estudio en cuestión es, simple y llanamente, la lámpara sorda que hace posible tal vislumbramiento. El mérito o demérito de que todos seamos todo (léase los demás, el "otro", el "yo" indiferenciado, o Cástor y Pólux, disparadero de todo lo anterior) es de Clarín, que de ese modo singulariza el toque maestro de sus objetos poéticos.

¿Qué es un hombre a esta luz? Un marido cornudo, o impotente, un clérigo macho, un frívolo aristócrata, un don Juan venido a menos, un historiador de tercera, un acólito afeminado: todo a un tiempo. La parte escondida de ese hombre la darían —por aquí y más allá— símbolos, alegorías e imágenes: el columpio del vivero, una rosa cortada vergonzantemente, la seda de los muebles, tela cuyo lenguaje preludia el de Proust; el aullido de una corneja en las telas de un sueño.

¿Qué es una mujer? La carcelera y la "pareja" de su hijo, a quien ama y desdeña al propio tiempo; los pies descalzos de una dama de alcurnia en una procesión de Viernes Santo, un abanico, un confesonario, murmuraciones de enemigas cercanas, amigas escondidas. También, ¿por qué no?, las carencias: no tener una madre, jamás conocer el amor, nunca remediar la ternura, el incumplimiento del sexo o su bestialización y, en

suma, la felicidad o elíptica o definitivamente transitoria. *Todos somos todo*: he aquí el juego, estético, de Leopoldo Alas, para quien la vida es una amalgama de suavidad y de veneno a un tiempo.

Pero volvamos a Paciencia Ontañón o, más bien, a su libro: después de la infancia de Ana vendrán el matrimonio, los "hombres de la Regenta", el Magistral y "la caída de Ana Ozores" misma. Tales capítulos —recursos más bien— quitan la maleza y presentan un horizonte menos agitado, pero al que será imposible resolver. De este modo vemos que la niña (de hecho huérfana de madre, abandonada por el padre, maltratada por una aya cruel, vejada por tías, medio ambiente y ciudad, la niña —digo— se convertirá en una infeliz adolescente reprimida, para pasar —o huir— ya no al convento, sino al matrimonio, senda de salvación con su correspondiente áspid de fondo.

Freud, que conoce a la Regenta como nadie, aconseja a Paciencia Ontañón para hacer resaltar, si cabe el pleonasmio, el arquetipo de la mujer que es; una histérica radiantemente hipnotizada por su propio destino, al que clama desde la niñez. Hija ausente, tibia amiga, mediocre creyente, ambigua amante, frustrada y vacua mística, pésima y sumisa esposa, anhelante y frustrada amante, mentirosa confesa, de fondo es una infeliz mujer (así es llamada por la ensayista en ocasiones múltiples); una infeliz mujer... como hay tantas. Infeliz por ser incapaz de mirarse a sí misma con claridad, no ya para alcanzar una felicidad hipotética, sino para vivir su desdicha de una manera auténtica. Su fin literario y humano es la aniquilación, a la que la ha arrastrado en particular una sexualidad desaprobada en lo social y por la religión; también por la falta de amor que, de existir, le habría brindado las dos cosas: una sexualidad permitida social y religiosamente, cabal.

Pero si la heroína y su complejidad son aprehendidas en parte, y no poca, se debe a la utilización del material onírico. Todo detalle inconsciente extrovertido en la memoria o transmutado sobre la realidad se utiliza para captar menos deficientemente la personalidad de Ana Ozores. El desfile vuelve a presentarse: el desgano sexual hacia el marido, el asco físico al confesor, el atractivo inevitable al petimetre, se entregan no sólo en la vigilia (llena de contratiempos y desdichas: que un inexistente "príncipe ruso", que las etéreas regiones

alcanzadas con la lectura de Santa Teresa, todo a un tiempo, ubicua, mañosamente entrelazado), no sólo en la vigilia —digo— sino cuando entre sueños contempla paraguas, un santo guerrero, larvas asquerosas (“cubiertas por casullas de oro, capas pluviales y manteos”), un tres veces mencionado sapo, símbolos, según Freud, de atracción o rechazo sexuales. Tal, de fondo, el sentido del ensayo que contemplamos.

De este modo Ana nos resulta un personaje vigente, actual, en quien, tal vez como en todos nosotros, “el amor sólo se da a través de los sueños” y, a veces, sólo en los ensueños. Ella no se salva porque Clarín la odie, sino porque en la vida un ser así no tiene salvación. Y si eso ocurre con el personaje central, obviamente acariciado por el espíritu mismo de la obra, ¿qué será de los otros? El objetivo análisis de Paciencia Ontañón simplemente sintetiza a Clarín, quien tampoco redime al varón: el padre de Ana es un don nadie, viriloide, victimario de la modistilla madre de Ana. La única ventaja —para la Regenta— es que él muere joven y la deja abandonada a su suerte, mejor, a todas luces, que una vida con él. En cuanto al marido —¡vaya caso!— se antoja, más que de carne y hueso, una oquedad, cuyo sucedáneo de vida (además de las aves) son las comedias de capa y espada, metáfora que no vive, pero que en él permea en una segunda potencia de literaria significación. Todo es mampara, disimulo, máscara: el beso al aire, el sexo no cumplido, la impotencia maldita, el frío del ánimo, la posible homosexualidad encapsulada.

En cuanto al Magistral —el mejor perfilado— es un hombre castrado por la madre, ridículo para sí mismo, enfermo de apetencia desviada, mensaje obvio de un clero disoluto y de un catolicismo agusanado. ¿Qué quedará de él? Primero el odio a la Regenta; más tarde —se colige— la perpetua sumisión a la madre y, lo que es peor, un alma torturada al no alcanzar jamás ni el poder ni el amor.

Pero ¿qué decir de Álvaro Mesía? Alas se presenta como el asesino del don Juan. Pues si en Tirso nace con una trágica grandeza y el Tenorio implica, por lo contrario, la redención por la mujer, todos los otros —el de Mozart, el de Richard Strauss, el de Fellini— representan su mito con verdad. En cambio el de Clarín es la oquedad, la vejez de ánimo, el temor a la arruga, el cansancio de amar sin amor: la representación misma del engaño y su caducidad.

Así las cosas, *La Regenta* espeja además no sólo la decadencia de España, sino sus consecuencias: el desmoronamiento social, moral, religioso y político de un pueblo simbolizado en una triste y chismosa ciudad española cercana a los fríos inviernos del Cantábrico. Y, como en toda obra de arte, cada cosa es sí misma y su propia naturaleza simbólica, tan bien olfateadas por Paciencia Ontañón: en ambas vertientes se sitúan la Catedral, el Vivero, el Casino, el Palacio de los Vegallana, el cuartucho de la amante en turno del Magistral, las mariposas de los sueños de la Regenta, la procesión, el duelo, un féretro, el beso de un sapo gótico, al final.

El acierto de Paciencia Ontañón es doble: análisis y síntesis, realidad y representación. Que yo sepa, es el primer estudio serio y codicioso hecho en México sobre *La Regenta*. La escritora no nos entrega expresamente bibliografía ninguna, porque, en realidad, no la hay. No aún. Lo trágico de su destino empieza a deshielarse, sin embargo. Quede Ana Ozores en manos de la Televisión, del Cine, del estructuralismo, de los formalistas, de los sociólogos, de los psicólogos, de los filólogos, de todo lector anhelante y cabal.

Para finalizar diré que Ana, la bella durmiente, exige un beso, el que el galán le da en los labios. Que este ensayo sea el primero que estremezca su prodigioso cuerpo engalanado con el sueño.

SERGIO FERNÁNDEZ

Facultad de Filosofía y Letras.